

¿Cómo influye el tendido en la Fiesta de los Toros?

Al hablar de la influencia del tendido sobre la Fiesta de los Toros, tenemos que hacer dos significaciones bien diferenciadas y siempre, como suele ser habitual, remitirnos al tendido de la Plaza de Toros de Las Ventas, considerando a este aficionado un tanto especial, por lo que representa este coso y la transcendencia de triunfar o no en él.

Pero por otra parte, y esta es la otra consideración de las dos a las que me refería, antes de entrar en este aficionado variopinto, hemos de analizar al aficionado común del resto de las plazas, sin que con ello quiera decir que este aficionado desmerezca al de Madrid, sino que más bien es otra forma de enfocarlo por ser unos tendidos totalmente diferente los que ocupan, y por la menos transcendencia en la trayectoria de un matador el ser enjuiciado en cosos diferentes, de rango inferior en lo que al escenario se refiere.

Distinguimos, pues, dos tipos de aficionados y, consiguientemente, dos influencias distintas en los tendidos sobre nuestra Fiesta de los toros:

1. El Aficionado en general
2. El Aficionado de Madrid

El Aficionado en general

Cuando yo de pequeño iba a los toros, en mi infancia me llamaba mucho la atención todo el colorido de la Fiesta. El cortejo de matadores, subalternos, música, alguacillos, etc., conformaban parte de un mundo que por ser tan real, casi parecía ficticio, como si eso no pudiese ser posible. Pero la gente, la masa que se disponía a ir a los toros tenían un gracejo singular. La indumentaria en realidad era muy torera (me estoy refiriendo a esos pueblos de Dios), y acompañados de un succulento manjar con buena bebida, representaban ese toque distinto por el que el aficionado va a los toros como propios protagonistas del espectáculo en sí, ellos se sienten parte del reparto de la obra puesta en escena. Eso hace que, efectivamente, condicione en buena manera por una parte la corrida de toros en particular y por otra la Fiesta en general.

Cuando ese aficionado se instala en su tendido, se considera el Rey del mundo. No permite que nadie le dicte normas de comportamiento, incluso él pretende dar instrucciones hasta a los profesionales que se están jugando la vida en el ruedo, aunque sólo vaya a los toros una vez al año en su pueblo, pero sí es cierto que saca a relucir sus conocimientos y se dispone a impartirlos como si de un profesor en aula se tratase.

Es posible que esta Fiesta condicione caracteres y normas de convivencia porque el aficionado nunca pasa desapercibido desde su localidad. Los tendidos generan pasión, sobre todo aquellos que se sitúan en las zonas de sol, tal vez por la temperatura, y no deja de ser un medio social de esparcimiento en el que el aficionado

cambia dependiendo de en qué momento. Antes de entrar a la plaza este tipo de aficionado es totalmente diferente a cuando ha traspasado el umbral de la puerta que le conduce a su tendido.

Lorca en su definición de la Fiesta dijo de ella que es la más culta del mundo porque en ella se vive el drama en su pureza. Ortega y Gasset, también dijo que había que ir a los toros para tener un concepto más preciso de la historia de España, desde una época concreta.

Es evidente que si analizamos estas dos observaciones de la Fiesta, desde el poeta y desde el filósofo, podríamos tener un argumento sólido para desarrollar el tema que se nos propone.

El drama en su pureza

En el teatro o en el cine, la muerte y la sangre es ficción. Existe, por consiguiente, el drama en una representación escénica en la que después de correr el telón en el teatro o concluir la escena en el cine, el muerto vive y saluda. Ello hace que las connotaciones sean pura fantasía, lo que por otra parte es lógico, pues no queremos que en cada representación teatral muera su protagonista. Pero cuando Federico dice que la Fiesta de los toros es la de mayor riqueza cultural, justificándola desde el drama puro, tampoco quiere decir que deseemos la muerte de nadie, aunque sí tenemos que reconocer una realidad patente, que no es otra sino la de que el riesgo de muerte en los protagonistas es cierto, incluso consumado en el toro.

Sería difícil explicar que los valores auténticos de la vida están en la muerte, porque si no fuese por ella, la vida no se valoraría. Y también sería difícil razonar que un espectáculo que participa en esa verdad tan tangible, es lo auténtico, lo genuino, lo veraz. Prueba de ello es que en la escena se simula como algo sublime, pretendiendo meter al espectador tanto como que le pareciese realidad.

Pues bien, en la Fiesta de los toros, es así, y por eso el aficionado desde el tendido exige que la destreza del matador (de ahí el nombre de diestro), con la técnica, valor y con su superación momento a momento, aporte al espectador ese mensaje de dominio sobre la fiera y sin perder el riesgo patente, burle a la muerte, haciendo de su intervención, plasticidad, belleza y arte.

Ese conjunto de circunstancias tan propias en las que se mezclan la música, el sol, la comida, la charanga, etc., con el rito de la liturgia del toreo, que ha dado en denominarse Fiesta, porque parece el calificativo más razonable, que es, como ya he dicho, la razón, representada en el hombre, enfrentada a la fuerza que le corresponde al toro, haciendo que de esa conjunción, a la postre, sea la cordura la que venza a la fuerza y haga morir a la violencia a los pies de la inteligencia. Ese pudiera ser el mensaje final de la enseñanza que nos aporta esta Fiesta que aunque algunos la descalifiquen, yo la ensalzo por eso, por encontrar en Ella, el más puro principio del raciocinio avalado en la cordura del hombre frente

a la insensatez y brusquedad representada en la violencia del animal y convertida en nobleza por una técnica.

Todo este enmarañado condiciona, sin lugar a dudas, por una parte, el espectáculo en sí, y por otra, el aficionado que es, sin duda, el alma de la Fiesta. Y ese aficionado presenta su tesis doctoral desde el tendido que es el podio desde el que él se siente con todo el derecho del mundo a impartir sus conocimientos y a que se enteren los demás de que lo sabe como nadie.

Por tanto, el tendido, naturalmente que influye y condiciona en buena manera la Fiesta de los Toros en todos los rincones desde la plaza más emblemática y señorial hasta la de talanqueras o de carros, si aún quedasen, porque cualquier aficionado que se preste a presenciar un espectáculo en el que el drama, al que se refería Lorca, se manifiesta en su pureza, tiene unas vibraciones a flor de piel, por las que exigirá a su actor el mayor rigor en la interpretación de su papel, y a quien nunca le perdonaría un fallo, ya que de ese fallo podría depender su propia vida.

Por todas estas razones y por otras que seguiremos viendo, el tendido influye en la Fiesta de los toros, porque ese tendido forma parte del entramado de la obra puesta en escena y aquí, como antes he dicho y ahora matizo, el espectador no es tal, sino otro actor secundario de la Fiesta de los toros, y como tal actor del espectáculo, condiciona, en buena manera, su forma de ser.

La Fiesta para conocer mejor España

Cuando, por otra parte, el filósofo nos razona ir a las corridas de toros para conocer mejor España, nos está lanzando un mensaje de la pluralidad de caracteres y costumbres de los distintos puntos geográficos de los españoles. Y es evidente que así es, ya que el espectáculo de la corrida de toros, cambia mucho dependiendo de en qué escenario se desarrolle. En Sevilla, por ejemplo, es silencio; en Pamplona, todo lo contrario, es ruido. En cada sitio tiene la peculiaridad de su cultura, como en Zaragoza, sonando la Jota en su último toro (Madrid me lo reservo para la segunda parte de este trabajo).

Luego aquí nos encontramos con un nuevo matiz que no es otro sino no solamente que el aficionado influye en la Fiesta de los toros, sino que en cada rincón de España, la condiciona de una manera diferente, de acuerdo con ese soporte cultural del lugar.

Un buen amigo mío, y como no podía ser de otra forma (y tal vez esa pudiera ser la razón más poderosa para ser mi amigo, que es la de ser aficionado a los toros), me dijo que cuando sus circunstancias sociales y económicas se lo permitieron, decidió recorrerse las ferias más importantes: Valencia, Castellón, Sevilla, Madrid, Pamplona, Bilbao, Salamanca, Santander, Zaragoza, no sé si alguna más y de lo que él más se sorprendió fue de la cocina de cada uno de los lugares. Tal fue así que decidió escribir las costumbres y usos de los pueblos por su gastronomía y por la Fiesta de los toros, llegando a la conclusión de que ambas cosas

son únicas, diferentes e insustituibles en cada uno de los rincones de nuestra geografía y obviamente, esas costumbres forman parte de su cultura y de su historia.

Por todo ello encuentro el más fiel razonamiento a la frase del filósofo: *vayamos a los toros para conocer mejor España.*

Y este otro principio, nos ayuda a comprender la influencia del aficionado desde los tendidos en la Fiesta, que como el aficionado no es el mismo, aunque se trate del mismo espectáculo, la Fiesta no es la misma, viniendo marcada, exclusivamente, por el aficionado que hace de ella, como de la gastronomía algo único, diferente e insustituible a su condición de persona en general y a su circunstancia particular de ser andaluz, cántabro, navarro, madrileño, maño, etc.

Por consiguiente, fijémonos la enorme influencia que tienen los aficionados en la Fiesta de los toros, y esas connotaciones las expresan desde los tendidos que, como ya mencioné, es su escaño de voz y voto para condicionar en buena medida La Fiesta de los toros.

El aficionado de Madrid

Madrid, es una ciudad cosmopolita por naturaleza, que recibe a todo el que desde distintos puntos de nuestra geografía se da cita en esta bella, acogedora y emblemática urbe que en su historia religiosa, rinde homenaje a un labrador, lo que hace de ella ser más popular, si cabe, en la forma de pensar de sus gentes.

No descuida el gusto por lo clásico, y así hace gala de barrios emblemáticos y señoriales como el de los Austrias y Borbones, o lugares castizos en los que el chotis forma parte de su sentimiento, tal es el caso de Chamberí, en donde las maneras de ser, tanto por el 15 de mayo como el de agosto, San Isidro y La Paloma, respectivamente, hacen que esta Villa y Corte, se engalane con indumentarias propias que la ocasión requiere.

Chulos y Chulapas, con gorra de visera en el hombre y pañuelo en la mujer, propician ese sentimiento peculiar de un pueblo que sólo quiere ser pueblo y junto a la ermita del Santo Patrón o en las Vistillas, se olvida del asfalto y rascacielos, del progreso y de las técnicas sofisticadas.

Envuelto en este aroma, llegada la primavera, la Plaza de Toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid, abre sus puertas a un público variopinto, definido, en parte, también por esta ciudad que como se dijo, acoge a todas las condiciones sociales venidas desde los cuatro puntos cardinales.

Así surge el aficionado a los toros de Madrid, que no es sino *el Entendido Puro, el Enterado Casual, o el Curioso*, que se asoma a ver qué se *cuece* en el escenario que han dado en llamar el más importante del orbe taurino, del que dicen que da y quita, aunque hoy, a decir verdad, ni da ni quita, porque muchos han salido por el umbral de su Puerta Grande y sólo han llegado a ser decorosos banderilleros (dicho sea con todo mi respeto hacia los hombres que visten la plata, aunque todos sabrán lo que con ello quiero decir, y, desde luego, nunca menospreciar). Por el contrario, otros matadores que aún no han salido por su Puerta de la calle de Alcalá, toreadan más de un centenar de corridas cada temporada.

Luego queda bastante claro que Madrid, ni da ni quita, al menos en estos tiempos, en los que no nos movemos por la voz de la afición, sino más bien por el marketing organizado, que también ha llegado a los toros, y como no podía ser de otra forma, a Madrid y a su plaza.

Esto ya en sí habla mucho de los tiempos que corremos en lo que a la afición de Madrid se refiere, pues siendo ésta la más selecta, al parecer más entendida y más pulcra, deja mucho que desear con la de otros tiempos en los que, posiblemente, se le diese más importancia a una faena en la Plaza de Las Ventas, cuando, efectivamente, este coso daba o quitaba y si llegaba a ella un desconocido, triunfaba y salía por su Puerta Grande, ya nunca pasaría calamidades, y, por el contrario, si el que estaba subido en

el pedestal, daba un petardo, como se suele decir en los términos del rico y variado argot taurino, se le rebajaba su caché hasta que en esta misma plaza lo volviese a recuperar.

El Aficionado entendido y el enterado

El aficionado entendido es el que vive la Fiesta en su máxima expresión, se implica en ella, y durante todo el año, su vida está ligada a la Fiesta de los toros, generalmente pertenece a una Peña Taurina. Durante el invierno, suele ir al campo donde se cría el ganado bravo, conoce sus comportamientos y saben el juego que los toros pueden dar en la plaza, bien por sus hechuras zootécnicas, o por sus reacciones, todo siempre remitido a su procedencia o encaste.

Para este aficionado puro, no existe tregua. Videos y documentales, así como reportajes fotográficos, conforman su casa y hacen de su afición, como nos dijera Don Gregorio Marañón, una profesión paralela. Ansía que suenen los primeros clarines y timbales en la provincia de Madrid, puede que en Ajalvir o Valdemorillo, para empezar a ver corridas de toros, y en marzo cuando abre sus puertas la Plaza de Las Ventas, lo celebra como si para el cazador se abriese la veda.

Este tipo de aficionado es sigiloso y místico, callado y meditativo cuando contempla el festejo, porque analiza para él, para sus adentros, lo que ve, y se alimenta disfrutando de lo que sus sentidos perciben, lo más que hacen es comentar a su compañero

contiguo en la localidad, la faena; sabe perfectamente si el matador está o no colocado, analiza el redondo o natural con profundidad, quiere ver al toro en el caballo, como Dios manda, arrancándose de lejos, dándosele importancia al animal y la puya puesta donde debe estar, en el morillo, ni trasera ni baja, y desde luego, nunca tapándole la salida en carioca.

Este aficionado gusta de ver el tercio de banderillas en su pureza, en la versión que sea (al sesgo, por los adentros, al quiebro, de poder a poder), pero siempre cuadrando y sacando el par de abajo arriba y *asomándose al balcón*, dejar los palos en lo alto y salir con torería andando de la cara del toro (mis recuerdos homenajean a la memoria de Manolo Montoliú).

En su fase de muleta, quiere ver cómo *engancha al toro* y lo remata por detrás de su cintura y en los naturales les gusta ver la verticalidad precisa y, como su nombre indica, la naturalidad de sus pases, en los que la muñeca izquierda templea y torea mientras que la derecha se relaja.

Este aficionado, en fin, quiere también presenciar la suerte suprema con ortodoxia, marcando los tiempos y bien al volapié o recibiendo, como mejor convenga y las circunstancias aconsejen, ver que la espada quede en el hoyo de las agujas, donde el toro muere sufriendo lo menos posible, porque en ese sitio hay sólo muerte, no agonía.

Este aficionado puro, no es ostentoso, su conducta raya en la timidez, casi no aplaude, raras veces saca el pañuelo, otras, suele llevar una libreta para apuntes de lo que está viendo y desde luego, es el que más sufre y el que más disfruta, porque cuando las cosas son como son, o como debieran ser, se engrandece y vive en plenitud la faena, porque valora todo cuanto sucede en el ruedo donde, insisto, se enfrenta la razón y la inteligencia del hombre a la fuerza y vigor del animal, convirtiéndose, por la condición de la casta de un toro y el control de los sentidos de un torero, en belleza y plasticidad.

Este aficionado, descubre, pues, el arte elevado a su máxima expresión, en donde lo etéreo y abstracto, toma forma; y todo, absolutamente todo, adquiere el sentido de las cosas que inspiran al pintor, al poeta, al músico, al escultor, etc.

No es fácil entender, muchas veces, a este tipo de aficionado, porque en su “pecado”, por ser como es, vive en penitencia casi permanente, de no poder disfrutar ya que su sentimiento o afición están por encima de lo vulgar y común que es lo que, por desgracia, predomina, salvando las excepciones, naturalmente, que también de justicia es mencionar.

Este buen aficionado nunca termina por ver la faena soñada, como el buen matador de toros, que nunca hizo su faena que siempre soñó, porque tanto se exigen a ellos mismos, que viven con la pena permanente del recuerdo de aquella verónica que un

día vieron, en el caso del aficionado, o en el caso del torero, la que ellos dieron, y siempre sueñan con el toro que cuajaron en una finca de tentadero a puerta cerrada, sin que casi nadie se enterase, y hacen de ese sueño, una leyenda, con la que como he dicho, disfrutan al recordarla y sufren por no poderla ejecutar en una plaza como la de Madrid.

Como ya comenté, este buen aficionado de Madrid, no acaba con la terminación de la corrida de toros, por el contrario, después del festejo, se reúne con otros de su corte y condición, para desmenuzarla, analizarla de cabo a rabo, desde el momento en que los alguaciles salieron a la plaza hasta que dobló el último toro y las cuadrillas abandonaron el coso cabizbajos con su capote de seda sobre el antebrazo y pisando el mullido albero ya húmedo de sudor o tal vez de sangre.

Después es la tertulia, la confrontación de pareceres lo que a este buen entendido le sucede posteriormente. Controversia sana, por otra parte, cargada de pasión a veces, o fe ciega hacia un torero que lo han hecho suyo, porque un día lo vieron hacer aquella faena soñada, y ya para siempre, se convierte en su seguidor.

Una sola faena, pudo ser suficiente para que un aficionado bueno, puro y entendido, se convierta en incondicional de un torero, esto nos hace suponer lo que es conseguir que un aficionado valore las cosas en su justicia.

La plaza de Madrid goza de este tipo de personaje, asiduo desde la mañana, en el sorteo, erudito en el Aula Cultural, escuchando una conferencia o presenciando la presentación de un libro, o, simplemente, contemplando alguna que otra exposición del lienzo de los buenos pintores contemporáneos de La Fiesta. A este tipo de aficionado también se les conoce con el sobrenombre de taurófilo ó taurómaco, es decir, amantes de La Fiesta que elevan a ser analizada y estudiada por ellos.

Pero en a la Plaza de Las Ventas, también acude el aficionado *Enterado*. Éste está empeñado en que todos los que estemos en la plaza, durante una corrida de toros, sepamos “*lo mucho que él sabe*”, y con frecuencia, en el sepulcral silencio (y lo busca con delicadeza), emite su juicio de valor sobre lo que ve, que a mí, particularmente, poco me importa, más bien me molesta, porque, entre otras cosas, además de desconcentrarme, se suele poner de pie para que, estorbando a quien tiene detrás, emita su juicio en retórica verborrea, ya aprendida y premeditada que reitera cada tarde que va a los toros, suceda lo que suceda en la plaza. Se ubica en una zona determinada del coso que va mucho con su forma de ser y se alista a un grupo de personajes de comunes pareceres y comportamientos.

El espectáculo de la corrida de toros, dicen que es el más democrático, porque cada uno puede decir lo que le parezca, pero se olvidan que siempre para hablar, no basta con decir lo que se sabe, sino que también hay que saber lo que se dice, y, a veces,

ese afán de protagonismo, desentona tanto por lo poco que dicen como por su contenido hueco y reiterativo.

El aficionado *enterado* fuera de la plaza tiene un comportamiento similar, presume de entendido, y allá por donde va, en su trabajo, en su esfera social, en su entorno en general, le gusta hablar de toros, pero habla escuchándose a él mismo, estableciendo un monólogo, quiere que todos se enteren de lo mucho que él presume saber y no admite ni tolera que nadie le lleve la contraria, ¡faltaría menos! Dicta sentencia cada vez que de toros abre la boca.

Ocurre, a veces, con este tipo de aficionados que un poco antes de acudir a una corrida de toros, se documentan, por ejemplo del encaste de los toros, porque de esa forma hablan, como si estuviesen puestos en el tema, al nivel del más erudito y se recrean emitiendo juicios que acaban de leer, tal vez, en el programa del espectáculo, y hacen gala, cuando dicen algo que sorprende a quien junto a ellos se sientan.

Esta condición es una deformidad del ser humano, que muchas veces, se cree más importante y, luego, cuando da con algún entendido de verdad, salen malparados, ya que son sorprendidos por cuatro preguntas claves relacionadas con lo que ellos mismos están hablando.

Observar, pues, cuando vayáis a Las Ventas estos dos tipos de aficionados, el de verdad, que con respeto y silencio presencia el espectáculo, tomando buena nota, unas veces mental y otras escritas de lo que acontece, y sin ostentación sigue minuciosamente lo que ocurre en el ruedo; y ese otro, que se pasa toda la corrida queriendo que los demás descubran su inteligencia y conocimiento.

Pues bien, a la postre, nos daremos cuenta de que unos y otros aficionados, los *entendidos* y los *enterados*, condicionan, cada uno desde su posición, la Fiesta de los toros, los primeros, desde su silencio pero a través de los foros; los segundos, desde su polémica desde los tendidos.

La Fiesta en su contenido social

Con todo lo que hasta aquí se ha dicho, Madrid es, por antonomasia, el epicentro del acontecimiento social más importante en torno a La Fiesta, y más concretamente en la Feria de San Isidro, pues sabido es que en el coso de Las Ventas, en su ciclo Isidril, se dan cita, o al menos así debiera ser, las mejores figuras, las mejores ganaderías, junto con los más prestigiosos medios de comunicación. Todo esto hace que La Fiesta adquiera una dimensión social de primera magnitud.

Empresarios invitan a los toros a sus mejores clientes; amigos ceden algún que otro día su abono para que no dejen de presenciar una corrida de toros sus personas cercanas; damas de buen ver,

acuden engalanadas con ropas de *misa mayor* a este coso; caballeros enjutos de trajes oscuros, corbatas rojas y en ocasiones clavel en la solapa, también gustan de ir y recrearse por los alrededores de la puerta del patio de arrastre. Todo esto hace de La Fiesta que la magia surja y el embrujo bulla y pique la barriga a cuantos nos acercamos al coso a presenciar una corrida de toros.

Todos estos personajes: estas damas y estos caballeros, retocados con el perfume que el momento requiere, y en muchas ocasiones, con el toque del rayo uva, hacen que también exista ese otro aficionado, que convierte la feria de San Isidro en una pasarela de éxito primero; para después, acomodarse en su tendido, a veces barrera, y al día siguiente, contarlo, que eso, en San Isidro, por cierto, es bastante importante.

Este tipo de aficionado, a la postre, es el mayoritario, considerado aficionado masa, que llena los tendidos y hace todo cuanto es preceptivo en la corrida de toros: aplaude, saca el pañuelo, se jarrea de cerveza fresca, lleva un succulento bocadillo, etc., en fin, que cumplimenta con todos “los honores de la fiesta” y sería injusto no reconocerle su mérito, ya que como digo es el mayoritario, y el festejo necesita público para subsistir.

Estamos, pues, ante una plaza, y más concretamente una feria de público y aficionado variopinto, en la que como se ha dicho, el ambiente social se deja sentir, pues sabido es que los acontecimientos masificados puntuales, tienen ese tirón justo que

despierta el interés general, por el que gira todo el planeta taurino, llegado San Isidro.

Las retransmisiones tienen una transcendencia más allá de nuestras fronteras, y por una localidad en reventa, se pagan cantidades impensables por querer ver a un torero que esté de moda o a una ganadería que pase por buen momento, a pesar de estos tiempos que atravesamos de crisis. Aunque como es bien sabido en los toros: tarde de expectación, tarde de decepción.

Son, pues, en Madrid, los toros en San Isidro, ese toque que separando los distintos aficionados, dan lugar a que mucha gente se acerque a La Fiesta, picados un poco por la curiosidad y en muchas ocasiones se convierten en nuevos aficionados, o cuando menos, les gusta repetir al año siguiente.

Otra vez esto nos sirve para ratificarnos en la frase del filósofo sobre lo de ir a los toros para conocer España, pues esta plaza reúne a todas las condiciones sociales y gremiales porque nuestro carácter y sentimiento, nuestra tradición y cultura, está arraigada a La Fiesta de los toros, y en Madrid, la plaza de Las Ventas, es el escenario puro, por antonomasia, de Ella.

Dicen que también en Madrid, surge el aficionado que viene a la plaza a ligar, yo ese término lo desconozco, más bien diría que, efectivamente, los toros son un argumento para invitar a una bella dama a tan elegíaco espectáculo y después, si todo va bien, una

cena succulenta, invita a un buen reposo y descanso para una sana digestión, cosa que por desgracia sólo sé de oídas, aunque no renuncie al experimento, con el permiso y consentimiento de quien proceda.

El aficionado de Vistalegre

Al otro lado de nuestra ciudad, justo en la parte diametralmente opuesta, hacia el Oeste, estuvo la famosa plaza de toros conocida con el sobrenombre de “La Chata”, que así se llamaba el coso de Vistalegre, al parecer, por la presencia asidua de La Reina que asistía a las corridas de toros, a quien también se le conocía con ese apelativo cariñoso del pueblo, pues no olvidemos que los españoles en general siempre han tenido y seguimos teniendo buen aprecio a la corona, amén de tener un monarca extraordinario aficionado en el caso presente.

El aficionado de esa plaza, se decía de él que buscaba la querencia, porque cuando no le era posible ir a Las Ventas, se daba cita en el coso de Carabanchel, en donde asimismo toreaban aquellos matadores que por no haber llegado a acuerdos con la empresa de la calle de Alcalá, se anunciaban allí.

Parece ser que ahora, vamos a volver a ir a esa querencia del coso de Vista Alegre durante el invierno, pues una serie de espectáculos taurinos se están anunciando, lo que devolverá a unos, la nostalgia y a otros, la curiosidad de saber cómo se organizan unas corridas de toros para que despierte el interés del

aficionado de Madrid, y donde profetizo habrá más *entendidos que enterados*, y no creo que haya, en este caso, muchos curiosos.

Pero volviendo a estos aficionados de los de antes de Carabanchel, y como no podía ser de otra forma, de Madrid, tal vez de corte más rural, representaban la esencia del prototipo de aquel aficionado que acude a los toros porque, verdaderamente, se sienten identificados con el espectáculo taurino más que con La Fiesta en general, pues ellos la viven exclusivamente entorno a la corrida de toros.

Son menos de clavel y van a los toros con la presteza de analizar las faenas desde las posibilidades que ofrecen los toros, son menos críticos con los toreros y viven La Fiesta más desde el esparcimiento y diversión que desde el análisis. Diríamos que se encuentran en el aficionado entendido pero sin complicarse.

Este aficionado también condicionó la Fiesta en modo alguno, pues cuando la piqueta derribó el tan emblemático coso, entre sus escombros yacían historias legendarias de toreros que surgieron en esa plaza. Figuras, incluso, que durmieron en ella, en busca de una oportunidad, por eso el aroma de Vistalegre estaba impregnado de leyenda esparcida en su atmósfera, en sus galerías, en sus tendidos y, como no, sobre su albero. Es por lo que el aficionado de Carabanchel, es un tanto nostálgico porque recuerda una infancia, tal vez acompañado de su padre, y unos años en los que los toros eran muy diferentes a lo que vivimos hoy de *pasarela y clavel*.

Ese aficionado se corresponde con el que aguanta el sol vertical agosteño, que se pasa más tiempo mirando a la cornisa de la plaza que al festejo, para ver cuándo se esconde tras ella el sol fogoso y pueda ver mejor la faena. Ese aficionado, digo, para mí, merece un reconocido y meritorio respeto, y hace gala de un estoicismo heroico al acudir en ese mes de agosto a la plaza de toros, que sabe que además de “derretirse” durante dos horas, en ese mes, dadas las reses que se lidian, es difícil que haya espectáculo, salvo algún que otro día aislado que apareciesen toreros como Frascuelo, Juan Mora, Manuel Ruiz “Manili”, Domingo Valderrama, o algún otro, que abrieron esa Puerta Grande de Las Ventas, en épocas estivales.

He aquí por lo que termino como empecé refiriéndome a Madrid: la Plaza de toros de Madrid hoy ni da ni quita, a pesar de los argumentos reiterados, yo diría más bien que condiciona, pero sólo porque hoy hay una pequeña parte de auténticos aficionados; el resto, la mayor parte de la plaza, son enterados, masa y sociedad, sin que con estos calificativos pretenda menospreciar a nadie, pues mis respetos para todos por el hecho de acudir a una plaza de toros, y tendrían mis respetos también aunque no acudiesen.

No obstante, desde este trabajo, invito a que acudan aquellos que no hayan presenciado la feria de San Isidro, porque verán algo diferente a lo que presencian en otros cosos taurinos y, tal vez, les despierte el interés de ser aficionados *entendidos*, como a mí me

pasó hace ya más de treinta años, y me produjo tanto interés que he hecho de mi afición esa profesión paralela a la que se refería el doctor Don Gregorio Marañón.

Afición que me ha permitido escribir, componer poemas, introducirme en una sociedad rica por su variedad de público y ambiente, conocer un poco más del ecosistema y de los animales que viven en libertad, porque esta Fiesta es, ante todo, un canto a la vida y a la libertad, expresados fielmente en la dehesa del ganado bravo, donde el hombre y el toro hacen una simbiosis inseparable y nos enseñan tantas cosas de la vida que no están escrita en los libros, sólo se descubren al resguardo de un aguacero bajo una encina o en el bramido del toro en la penumbra de la noche.

Otro tipo de aficionados (los de dinastía)

Como en todas las jerarquías sociales, podríamos añadir a los aficionados a los toros, a aquellos que les vienen de sangre, como se suele decir, de dinastía. Los que de niños acudían a los cosos taurinos de manos de sus progenitores. Posiblemente estos, sean los más fieles, porque La Fiesta la han vivido desde su más esencial forma de educación y sana convivencia, además de haber crecido encariñados con ella entorno al seno familiar.

Al igual que somos seguidores de un equipo de fútbol, la mayoría de las veces, porque nuestros padres nos llevaron a un estadio concreto y cuando crecimos, tal vez, no sabíamos ver otros

colores, los aficionados que desde pequeños han acompañado a sus padres a ir a los toros a La Plaza de Las Ventas, este coso les aporta el calor y el cariño, además de recuerdos desde su infancia, de aquellos años en los que, llegada la feria de San Isidro, eran incondicionales.

Ni que decir tiene que si además estos jóvenes eran hijos de un aficionado inscrito en alguna Peña Taurina, y asistían a capeas o actos sociales relacionados con La Fiesta, pues, naturalmente, más de lo mismo, se incrementaba la afición de una forma incondicional.

Yo podría contaros una anécdota relacionada con mi abuelo, él era un gran aficionado, me mandaba a comprarle el tabaco cuando televisaban una corrida de toros, porque me decía que en los toros había que fumar, a mí, naturalmente, no me lo permitía, pero mira por donde yo fui adquiriendo ese sentimiento de mi abuelo. Recuerdo que por entonces los matadores de toros de moda eran, entre otros, El Viti, El Cordobés, Diego Puerta, Ordóñez, Camino, etc., él me contaba muchas cualidades de cada uno, por ejemplo del Viti, me decía que siempre mataba en lo alto, de El Cordobés que no le gustaba mucho lo del “salto de la rana”, pero que paró las fábricas porque los trabajadores se iban a verlo torear, y eso tenía mucha importancia, de Puerta, que os voy a decir, se le conoció con el sobrenombre de “Diego Valor”, y de Paco Camino, siempre me decía ¡qué bien puestos los tiene este tío!, fíjate como se esparranca y como se faja con los toros difíciles, lo que éste torea no los torea cualquiera, me insistía.

Bueno, pues yo, lógicamente, tomaba nota en esa tierna infancia y efectivamente, descubría todo cuanto mi abuelo me decía y de esa forma, creo que fui descubriendo la grandeza y riqueza de La Fiesta de los Toros. Tal fue el caso, que cuando me vine del pueblo a Madrid, en una edad joven, 16 años, a seguir mis estudios, tenía una enorme curiosidad por conocer La Plaza de Las Ventas, y bien recuerdo que estuve en una grada del tendido ocho, también memorizo que uno de los matadores de ese día era el llorado Julio Robles, desde entonces, allá por los años setenta, no he dejado de ir a los toros en Madrid, y aún me dio tiempo de contar a mi abuelo cómo era la plaza de toros de Las Ventas, que él, por cierto, sólo vio por televisión.

Yo cuando iba algún fin de semana al pueblo le decía: abuelo, esta semana he ido a los toros, es enorme la plaza, tiene muchas puertas y se llena y se vacía en nada de tiempo. Él me decía, hijo, aunque yo no he ido allí, sé que Madrid es Madrid, quien triunfa en esa plaza tiene todo hecho en el torero. Efectivamente, entonces sí era así, hoy, como se dijo anteriormente, no lo es.

Luego queda claro que la influencia de un antepasado en la familia aficionado a los toros no solamente hace afición a sus descendientes, sino que además es un aficionado puro, entendido y taurómico, que es tanto como decir, amante del arte de Cúchares en su más fiel expresión del término, porque en su sangre lleva el calor de un recuerdo a un ser tan querido como un abuelo ó un padre, que le indujeron a amar y a descubrir la grandeza de unos

colores que radian luz de una forma distinta, de una música que suena diferente, de una poesía que se escribe con borbotones de sangre, de una pintura que cada vez nos aporta más luz.

Pero resumiendo este último tipo de aficionados, sí he de reconocer que cuando de la mano fuimos a la plaza de toros de nuestros mayores, nos convertimos en fieles aficionados aunque no sea nada más que por el respeto a la memoria de ellos, que supieron educarnos en aquellas cosas, tal vez sencillas de la vida, pero cargadas de connotaciones y valores. Yo aún cuando voy a los toros, me sigo acordando de mi abuelo, porque parte de mi educación y cultura a él se lo debo y entre ello está ser aficionado a los toros.

Por eso quiero terminar con el soporte cultural de La Fiesta, que a la postre, representa la mejor forma de engancharnos a ella, porque lo que nace con nosotros, forma parte nuestra, y para eso, me amparo en los versos de un poeta buen amigo: *Poesía, pintura y alma / novela, cante y guitarra, / escultura, música y sueños / son ecos de las entrañas / de las gentes y los pueblos, en culturas arraigadas / a nuestra Fiesta del toro / y a las raíces de España.*

Es, pues, nuestra Fiesta, ese compendio de valores culturales, que nos hacen ser diferentes, sin dejar de ser nosotros mismos, y los que renuncian a ella, empobrecen su cultura.

El aficionado de esta dimensión, también condiciona la Fiesta, en este caso para bien, porque éste ya no es sólo desde su tendido, sino desde su compromiso con la misma. Invierte tiempo, dinero y le hacen ser un aficionado ejemplar. Surge también este aficionado que podríamos denominar *taurófilo*.

Los taurófilos, (intelectuales y documentalistas amantes de La Fiesta)

- Escritores, documentalistas, poetas, artistas en general de La Fiesta.
- Tribunales y conferenciantes.

Taurófilo.

Escritores, documentalistas, poetas, artistas en general de La Fiesta.

Su semántica responde, descomponiendo la palabra, en su raíz, *tauro*; relativo al toro o a la tauromaquia y la desinencia *filo*, amar. Por eso decimos que el taurófilo es el amante a la tauromaquia, lo que le hace ser investigador de la misma, escritor, poeta o, cuando menos, documentalista y, en buena parte de ellos, excelentes conferenciantes o ponentes de tesis que versan sobre La fiesta de los toros.

Tal vez rebelde a una injusticia social, puede que sumiso al papel y a la pluma; el escritor, sigiloso y callado, místico en algunos casos, comprendido e incomprendido, pero siempre fiel a sí mismo, a sus principios, inquietudes e ideales.

Éste, también aborda La fiesta de los toros con la sensibilidad propia que le caracteriza, sufriendo en sus entrañas los desajustes, las barbaries, (algunas de ellas, desde los detractores de la misma), las injusticias; porque, si de aficionado se precia, no cabe duda que injusticia advierte y, por su condición, las padece de una manera especial.

Sólo tiene su pluma, su pincel, su voz,... para denunciar todo lo que encuentra fuera de orden, sólo su silencio impregnado en

tinta, sólo su grito es un quejido, a veces mudo, afónico de sonido y eco, pero siempre necesario para quienes se quieren sentir identificados con él.

El taurófilo, no vive La Fiesta, la analiza, la estudia, la compara con la de otros tiempos. Saca sus conclusiones y en foros, trata de defender lo que para él es noble y sublime. Su condición de buen contertuliano hacen que su verbo resulte grato escuchar, su dogma es pedagógico y enseña en su profundidad lo que es la tauromaquia,

Por todo ello sufre, sufre mucho con las adversidades, sufre más con el daño que hacen a La Fiesta los taurinos que los antitaurinos, porque a éstos siquiera les entiende, mientras que a los otros, los que viven de La Fiesta, les detesta cuando la adulteran y la tienen a su conveniencia.

La Fiesta de los codazos, en la que todos quieren estar a cualquier precio, todos quieren salir en la foto, unos toreando en cualquier condición, otros contratando de cualquier forma, otros consintiéndolo. También otros manipulando a las reses, con muchas cosas que se ven y otras que se deducen cuando saltan al ruedo, “tal vez serrucho, drogas, y quien sabe cuántas cosas”.

El taurófilo lo ve, lo denuncia, se desgañita pero su voz es sólo un grito en el desierto, donde nada se escucha.

Como antes dije, recluidos, tal vez en su sentimiento, en su filosofía de vida, llevada también a La Fiesta, se hacen creativos y su arte se alimenta de su afición y viendo una corrida de toros en su silencio y ausencia interior, les ilumina la mente para componer un pasodoble, un poema, pintar un cuadro, esculpir una figura, etc.

La Fiesta, vista desde ese pedestal, adquiere otra dimensión que por una parte, ennoblece al artista, a la propia Fiesta y de todos los que no sentimos identificados con el bello por una parte, pero misterioso por otro espectáculo de una corrida de toros.

Nadie puede llegar a las conclusiones que ellos mismos sacan de esta Fiesta, en unos casos litúrgica elevada al sacrificio de vida y muerte, de enfrentamiento entre la razón y la fuerza, como ya se dijo, de superación del instinto de supervivencia, del control de los sentimientos.

En la corrida la muerte del toro, representa la muerte del mal, de la violencia, de la fuerza por sí misma y muere a los pies de la inteligencia, de la sensatez y de la razón, representada en la cordura del hombre. Matizo este mensaje ya citado.

Podríamos citar algunos taurófilos intelectuales. En las letras toda la generación del 27, Lorca, Alberti, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, etc., destacando a Federico García Lorca por su *Elegía Ignacio Sánchez Mejías* y a Gerardo Diego por su tratado *La suerte o la muerte*. En la Novela a Vicene Blasco Ibáñez, por su *Sangre y*

arena, y al propio Heminwai, por sus obras de *Fiesta*, *Muerte en la tarde*, *Verano sangriento*, etc. Hablando de pintura citaríamos a Goya, de música a Vicent, por su *Ópera Carmen*, o al maestro Barbieri, por su Zarzuela, *Pan y toros*, en escultura Benlliure, y de obligado compromiso es citar su *mausoleo a Joselito en Sevilla* ó *La Estocada de la tarde*, inspirada en la estocada que Machaquito propinó al toro “Barbero de Miura”. Incluso hubo taurófilos sin más, sin que sintieran la afición de ir a los toros, tal fue el pensador y filósofo, Don José Ortega y Gasset, quien escribió un tratado sobre el toro bravo, diciendo de él que de el toro para ser bravo ha de tener, fuerza, poder y pies, además de decir que había que ir a los toros para estar al tanto de lo que acontecía en España. Cita referida al comienzo de este trabajo.

Podríamos seguir mencionando e interminable resultaría la relación de personajes ilustres que se interesaron por La Fiesta, por lo que a ella pudieron aportar de arte.

Por todo ellos también se dice que La Fiesta responde a un fenómeno social y cultural de nuestra historia y de nuestra civilización, por una parte por lo que de costumbres ancestrales y modos de vida recoge y por otra, por el magnífico legado cultural que nos aportaron los taurófilos de cada momento.

En los taurófilos supuso, incluso, una forma de vivir, en las tertulias hablaban de teatro, de política y, naturalmente, de toros. Fama tomaron las disertaciones de los dos Ortega, el filósofo y el

torero de Borox, así como Valle Inclán, cuando dijo a Juan Belmonte que sólo le faltaba morir en la plaza para ser perfecto.

En la actualidad, obviamente, existen taurófilos contemporáneos, escultores como Luis Sanguino, Santiago de Santiago; pintores como Puente, César Palacios, Fermín Vázquez, etc. escritores como Fernando Claramunt o el propio Andrés Amorós, catedrático de Literatura, etc. y muchísimos más, quien escribe estos textos dedica buena parte de su tiempo a La Fiesta, desde su observación para componer poesía.

Este tipo de aficionados también condicionan la Fiesta de los toros desde sus plumas, sus lienzos, sus pentagramas, sus moldeados, etc.

La Fiesta, pues, se siente muy influida por la voz del tendido que es la expresión literal del aficionado desde su más variada forma de concebirla.

La Fiesta se alimenta del buen aficionado, del aficionado puro, del entendido, incluso del enterado, del aficionado de la bota de vino y del que lleva el clavel. Todos la moldean, la dan forma y la convierten, como la gastronomía, en única, diferente e insustituible.